

ESTUDIO DE CRISTALIZACIÓN DE 1 Y 2 TIMOTEO Y TITO

La corona de justicia: el reino como recompensa (Mensaje 12)

Lectura bíblica: 2 Ti. 4:7-8, 18

- I. “He peleado la buena batalla”—2 Ti. 4:7a:
 - A. Una vida cristiana apropiada incluye el aspecto de pelear la buena batalla, combatiendo contra Satanás y su reino de tinieblas y luchando por los intereses del reino de Dios—Ef. 6:10-19.
 - B. Siempre que ministramos a Cristo a otros, nos encontramos en medio de una batalla; por tanto, debemos ser soldados que combaten por los intereses de Dios—2 Ti. 2:3-4.
 - C. Pelear la buena batalla de la fe significa combatir por la economía neotestamentaria de Dios; en particular, significa combatir por Cristo como corporificación de Dios y por la iglesia como Cuerpo de Cristo—1 Ti. 6:12; 1:4; Col. 2:9, 19.
 - D. Los vencedores no son librados del caos que impera en la actualidad, sino que, en vez de ello, ellos conquistan el caos satánico, el cual es destructivo, y triunfan en la economía divina, la cual es constructiva—1 Ti. 1:3-4, 19-20; 4:1-2; Tit. 3:10; 2 Ti. 1:15; 2:17-18; 4:8:
 1. Los vencedores sufren el asedio del caos; sin embargo, en vez de sentirse desanimados o desilusionados, son fortalecidos y capacitados para estar firmes en la economía divina que es según la verdad y llevar una vida que exhibe las características de dicha economía—vs. 10, 14-18; 2:15.
 2. Conquistamos el caos experimentando al Dios Triunfo procesado y consumado como la gracia que nos abastece plenamente—1:9; 4:22.
- II. “He acabado la carrera”—2 Ti. 4:7b:
 - A. Una vida cristiana apropiada incluye el aspecto de correr la carrera para llevar a cabo la economía de Dios conforme al propósito eterno de Dios—1 Co. 9:24.

- B. A fin de correr la carrera, debemos despojarnos de todo estorbo, de toda carga o peso innecesarios—He. 12:1.
 - C. Debemos correr la carrera con perseverancia, soportando la oposición con persistencia, sin cansarnos jamás y sin dejar que nuestra alma desfallezca—vs. 2-3.
- III. “He guardado la fe”—2 Ti. 4:7c:
- A. Una vida cristiana apropiada incluye el aspecto de guardar la fe a fin de participar de las riquezas divinas halladas en la economía de Dios—1 Ti. 1:19; 3:9; 4:1; 6:12; Tit. 1:4; Jud. 3.
 - B. Guardar la fe equivale a guardar la economía neotestamentaria de Dios en su integridad: la fe con respecto a Cristo como corporificación y misterio de Dios, y con respecto a la iglesia como Cuerpo de Cristo y misterio de Cristo—1 Ti. 1:4.
- IV. “Y desde ahora me está guardada la corona de justicia, con la cual me recompensará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su manifestación”—2 Ti. 4:8:
- A. La corona, un símbolo de gloria, es dada como premio y como algo adicional a la salvación del Señor, a aquel corredor que triunfe en la carrera—1 Co. 9:25:
 1. Este premio no proviene de la gracia ni se obtiene por fe como sucede con la salvación (Ef. 2:8), sino que proviene de la justicia y se obtiene por obras—Mt. 16:27; Ap. 22:12; 2 Co. 5:10.
 2. La corona de justicia es otorgada no según la gracia del Señor sino según Su justicia, y Aquel que la otorga es el Señor en calidad de Juez justo.
 3. La corona de justicia, la cual Pablo tenía la certeza de recibir, sirve de incentivo para el vacunador a fin de que venza la degradación de la iglesia—Ap. 2:7.
 - B. La corona de justicia es una recompensa que será dada a todo aquel que ama la manifestación del Señor—2 Ti. 4:8:
 1. La manifestación del Señor, Su venida, es una advertencia, un ánimo y un incentivo para nosotros—Mt. 24:42.
 2. Debemos amar la manifestación del Señor y aguardarla con gran expectativa y gozo—Tit. 2:13.
 3. Amar la manifestación del Señor está en contraste con amar el siglo presente, el mundo tal como se manifiesta en nuestros días—2 Ti. 4:10.

4. Si amamos la manifestación del Señor, estaremos del lado del Señor y no del mundo, y lucharemos por Sus intereses—Mt. 6:9-10; Jac. 4:4.
- V. “Y el Señor ... me salvará para Su reino celestial”—2 Ti. 4:18:
- A. El reino celestial, que es equivalente a la corona de justicia, es el reino de nuestro Padre (Mt. 13:43), el reino del Padre (26:29), el reino de Cristo y de Dios (Ef. 5:5) y el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 P. 1:11), que será dado como recompensa a los santos vencedores—Ap. 20:4.
 - B. Los creyentes vencedores participarán en el reino celestial, esto es, la manifestación del reino de los cielos—Mt. 7:21:
 1. Los vencedores, los hijos del reino, son los justos que resplandecerán como el sol en el reino de su Padre—13:43.
 2. En el reino celestial los vencedores beberán nuevamente de la copa del nuevo pacto junto con su Señor—26:29.
 3. En el reino de su Padre, los creyentes vencedores festejarán juntamente con los vencedores antiguotestamentarios—8:11.
 4. El reino celestial será para los vencedores una herencia de gran gozo—1 Co. 6:9-10.
 5. En el reino celestial, los vencedores heredarán la vida eterna y, por ende, disfrutarán de la vida divina de una manera más plena—Lc. 18:29-30.
 6. En el reino celestial, los vencedores entrarán en el gozo del Señor y así ganarán su alma, salvarán su alma y disfrutarán de la salvación de su alma—Mt. 10:39; 16:25-26; 25:21, 23; Lc. 9:24; He. 10:39; 1 P. 1:5.
 7. En el reino celestial, los creyentes vencedores reinarán con Cristo—Ap. 20:4.
 8. En el reino celestial, los vencedores regirán sobre las naciones—2:26-27.
 9. En el reino celestial, los vencedores serán puestos sobre todos los bienes del Señor—Mt. 24:47.
 - C. Recibir la recompensa del reino celestial equivale a experimentar el supremo disfrute de Cristo de una manera particular; esta porción especial será dada como premio a aquellos que sigan fielmente al Señor—25:21, 23; Fil. 3:14; Ap. 17:14.

MENSAJE DOCE

LA CORONA DE JUSTICIA: EL REINO COMO RECOMPENSA

Oración: Amado Señor Jesús, te damos gracias por estos mensajes. Gracias por haber estado con nosotros mensaje tras mensaje. Gracias por todo lo que Tú nos has revelado con respecto a Tu economía, con respecto a Tu Cuerpo, con respecto al vacunador y con respecto a nuestra necesidad de recibir tal vacuna. Señor, oramos por este mensaje final; te pedimos nos concedas una conclusión apropiada que sirva de inspiración para todos nosotros y constituya un incentivo para que llevemos a cabo este ministerio que consiste en administrar tal vacuna en esta era de decadencia. Señor, ten misericordia de nosotros. Ten misericordia de Tu recobro y haz que muchos de nosotros lleguemos a ser vacunadores que se opongan con firmeza a la corriente de degradación, a la corriente de esta era, y que se pongan de Tu lado, que defiendan Tu verdad y que conformen Tu expresión en esta era final. Señor, por causa de Tu retorno, oramos para que Tú hagas de nosotros personas que aman Tu manifestación. Señor, queremos vivir esperando Tu retorno y ser personas que aman Tu manifestación. Así pues, hablemos, Señor. Aparta nuestros ojos de nosotros mismos. Haz que fijemos nuestra mirada en Tu recompensa. Queremos obtener tal premio. Oramos para que Tú operes en cada uno de nosotros y hagas que abramos todo nuestro ser para recibir Tu palabra en nuestro ser. Señor, ¡cuánto te agradecemos por Tu recobro! ¡Cuánto te agradecemos por la economía neotestamentaria, la cual fue revelada por medio del hermano Lee y el hermano Nee! Señor, desde lo profundo de nuestro corazón, te decimos que no hay para nosotros nada más importante en nuestras vidas. Te damos gracias por habernos concedido recibir esta visión. Señor, ahora oramos pidiéndote que nos concedas serte fieles. Oramos pidiéndote que la decadencia acabe aquí y que nosotros contribuyamos a que la decadencia llegue a su fin. También queremos contribuir a que Tu testimonio sea recobrado y Tu reino venga a nosotros. Señor, ata al hombre fuerte y saquea su casa. Anhelamos que en toda la tierra Tú obtengas un reino para Tu expresión y para Tu gloria. Amén.

EL ENCARGO SOLEMNE DE PABLO A TIMOTEO

En 2 Timoteo 4:1-2 Pablo le dijo a Timoteo:

“Delante de Dios y de Cristo Jesús, que juzgará a los vivos y a los muertos, te encargo solemnemente por Su manifestación y por Su reino, que proclames la palabra; que te mantengas preparado a tiempo y fuera de tiempo; convence, reprende, exhorta con toda longanimidad y enseñanza”.

Del versículo 5 al 8 él añadió:

“Pero tú sé sobrio en todo, sufre el mal, haz obra de evangelista, cumple con perfección tu ministerio. Porque yo ya estoy siendo derramado en libación, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Y desde ahora me está guardada la corona de justicia, con la cual me recompensará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su manifestación”.

Y el versículo 18 dice:

“Y el Señor me libraré de toda obra mala, y me salvará para Su reino celestial. A El sea gloria por los siglos de los siglos. Amén”.

En los mensajes anteriores hablamos sobre la decadencia, la necesidad de ser vacunados y la necesidad de personas que vacunen a otros al enfrentar tal situación de decadencia. En 1 Timoteo Pablo le ordenó a Timoteo que permaneciera en Éfeso a fin de que mandase a algunos que no enseñaran cosas diferentes. La Primera Epístola a Timoteo fue escrita después del primer encarcelamiento de Pablo, y en aquel tiempo, la iglesia ya había empezado a degradarse. El encarcelamiento del apóstol puso a prueba a las iglesias, pues la ausencia del apóstol dio lugar a que tales iglesias empezaran a degradarse. Durante el tiempo en que se escribió 2 Timoteo, Pablo había sido encarcelado por segunda vez, esta vez bajo el gobierno de Nerón, y Pablo tenía la certeza de que Nerón habría de decretar su muerte. Por tanto, en 2 Timoteo encontramos el encargo de Pablo a Timoteo, su hijo en la fe, el único al que él consideraba de una misma alma con él.

En la época en que se escribió esta epístola, la decadencia se había acentuado. Toda Asia había dejado a Pablo y sus enseñanzas. Tal decadencia trajo consigo muchas actividades impías y causó mucha confusión en la iglesia. Por consiguiente, esta epístola contiene las palabras finales de un viejo vacunador, Pablo, dirigidas a un joven vacunador, Timoteo. Puesto que Pablo consideraba que estaba a punto

de dejar esta tierra y las iglesias, sentía que debía darle otro encargo a Timoteo a fin de hacer de él y otros como él, verdaderos vacunadores que habrían de tomar su ministerio completador para fielmente enseñar conforme al ministerio y en contra de la corriente de decadencia hasta que el Señor regrese.

Debido a la gran carga que sentía, Pablo fue muy franco con Timoteo. En 2 Timoteo incluso se mencionan varios nombres; es decir, Pablo quiso mencionar por nombre a ciertas personas. Además, él nombró específicamente los pecados cometidos por ciertas personas y la condición que las aquejaba, ello con el fin de que todo quedara al descubierto ante los ojos de este joven vacunador de tal manera que él pudiese saber qué es qué, quién es quién, y cómo debía avanzar en ausencia de Pablo. En 2 Timoteo 4:1 Pablo le da otro encargo a Timoteo, y esta vez se trata de un encargo muy solemne. El hecho de que Pablo usara la palabra *solemnemente* nos muestra cuáles eran las consideraciones que Pablo, al final de su vida, quería dejar grabadas en Timoteo a cualquier precio. Así pues, Pablo encargó solemnemente a Timoteo “delante de Dios y de Cristo Jesús que juzgará a los vivos y a los muertos” y “por Su manifestación y por Su reino...”. Al darle tal encargo a Timoteo, Pablo mencionó la manifestación de Cristo y Su reino a fin de que Timoteo entendiera la seriedad de este asunto. Pablo le encargó a Timoteo, diciendo: “Que proclames la palabra, que te mantengas preparado a tiempo y fuera de tiempo; convence, reprende, exhorta con toda longanimidad y enseñanza” (v. 2). Así, Pablo le estaba ordenando a Timoteo dar continuación al ministerio de la era y que, por tanto, proclamara la palabra a tiempo y fuera de tiempo. En el quinto versículo, él continúa diciendo: “Pero tú sé sobrio en todo, sufre el mal, haz obra de evangelista, cumple con perfección tu ministerio”. Debemos entender que cuando Pablo le dice a Timoteo “tu ministerio”, lo dice con la certeza de que Timoteo seguiría fielmente el ministerio completador de Pablo. Así que, en el primer versículo encontramos la palabra *solemnemente*, y en el quinto versículo se habla de ser sobrio en todo.

JUSTICIA Y RECOMPENSA

Al concluir sus días, Pablo pudo resumir toda su vida en tres declaraciones: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe” (v. 7). Pablo resumió su vida y su ministerio en esta tierra en tan sólo estas tres frases. Después de esto, él prosiguió

diciendo: “Y desde ahora me está guardada la corona de justicia, con la cual me recompensará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su manifestación” (v. 8). Ciertamente estas palabras tienen una connotación legal. Pablo habla de una corona, pero esta corona es una corona de justicia, no una corona de gracia. El Señor es el Juez justo, quien dará la recompensa en aquel día. Así que las palabras finales de Pablo se encuentran en una esfera legalista, según la cual todo recibirá su debida recompensa. De hecho, el término *recompensa* es un término técnico que significa pago (véase la nota 2 de Apocalipsis 22:12); hace referencia a algo que se ha ganado. Es el pago por un trabajo realizado, tal como el propio Señor Jesús lo explicó en Mateo 16:27: “El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de Su Padre con Sus ángeles, y entonces recompensará a cada uno conforme a sus hechos”. En esto consiste recompensar. Las palabras finales de Pablo se relacionan con el hecho de ser recompensados en aquel día. Esta recompensa, sin embargo, no es solamente para Pablo, sino para todos los que aman la manifestación del Señor. Debemos notar que en 2 Timoteo 4:8 Pablo habla de una corona de justicia, un Juez justo, una recompensa y el amor. Pablo reúne estas cuatro cosas. Hay una corona justa (la corona de justicia), un Juez justo y una recompensa, pero estas tres cosas también están relacionadas con aquellos que aman la manifestación del Señor. Estas palabras nos incluyen a nosotros, pues habla de “todos los que aman la manifestación del Señor”; alabamos al Señor por la frase: “sino también a todos”, es decir, “a todos los que aman Su manifestación”. ¿Amamos Su manifestación? Claro, todos diríamos: “¡Amén! Amamos Su manifestación”. Pero si nos damos cuenta de que Él se manifestará como Juez justo, ¿todavía diríamos que amamos tal manifestación? Si nos damos cuenta de que Su manifestación será para recompensar lo que hayamos hecho, ¿podemos decir llenos de entusiasmo: “¡Aleluya!”? ¿O invocaremos con tristeza: “Oh Señor Jesús”?

Estas palabras que nos comunican la verdad con respecto a una recompensa, la cual es justa, fueron escritas por la misma persona que escribió Efesios 2:8-9, donde dice: “Porque por gracia habéis sido salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. Pablo dice que nosotros somos salvos por gracia, por medio de la fe, y que incluso esta fe no es de nosotros mismos, pues es don de Dios, para que nadie se gloríe. Éste es el evangelio que la mayoría de las personas prefieren escuchar: ser

salvos por gracia mediante la fe, una fe que ni siquiera es de nosotros mismos. Esto pareciera indicar que nosotros no tenemos ninguna responsabilidad delante de Dios y que nuestra salvación es algo parecido a encontrar por suerte una mina de oro.

La salvación eterna y la recompensa del reino

Nuestra salvación eterna es por gracia. Es por gracia que hemos sido salvos eternamente mediante la fe. Esto es verdad. Pero en 2 Timoteo Pablo no nos está hablando sobre la salvación eterna, sino que nos habla sobre una corona. En tiempos del Nuevo Testamento, se le daba una corona a los que salían victoriosos en algún tipo de competencia. Tanto en las competencias atléticas como en otras clases de competencias, los que salían victoriosos, aquellos que ganaban la competencia, recibían una corona. Aquí, Pablo no estaba hablando de la salvación eterna, sino, más bien, de la recompensa que él esperaba recibir en aquel día. El Nuevo Testamento en su mayor parte fue escrito por Pablo, y en sus escritos él habla mucho sobre la gracia, la fe y su propia carrera. En Gálatas 1:15-16, él nos dice que a Dios le plació revelar a Su Hijo en él. Éste fue el comienzo de la carrera de Pablo, es decir, el comienzo de su vida en presencia del Señor. Después, en 1 Corintios 9:24-27 él añadió:

¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno solo recibe el premio? Corred así, para ganar. Todo aquel que compite en los juegos, en todo ejerce dominio propio; ellos, a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros, una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera lucho en el pugilato, no como quien golpea el aire, sino que golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo predicado a otros, yo mismo venga a ser reprobado.

Pablo se daba perfecta cuenta de que, además de la salvación que Dios nos da en virtud de la muerte de Cristo y de nuestra fe en Él, él, Pablo, estaba corriendo una carrera. Ésta era una competencia deportiva. Él estaba corriendo a fin de obtener una corona, y él dijo que aquellos que corren en la carrera, todos corren, pero uno solo recibe el premio. Cuando yo leí esto por primera vez, pensé: “Bueno, si sólo hay un ganador, Pablo ya nos ganó a todos. Por ende, ¿qué sentido tiene que nosotros corramos?”. Pero erré al blanco, pues no me percataba de lo que Pablo intentaba decirnos. Lo que Pablo quería decirnos era que al

correr, no solamente debemos correr de una manera despreocupada y rutinaria, es decir, no debemos correr como cuando salimos a trotar de mañana, sino que debemos correr para ganar. Se trata de correr con toda seriedad, correr con una meta y con el objetivo de obtener el premio. El premio al que se refiere 2 Timoteo 4:8 es llamado: la corona de justicia. Después, en el versículo 18, Pablo nos dice que el Señor lo salvaría para Su reino celestial. En estos versículos podemos identificar dos cosas: una corona de justicia y el reino celestial.

La recompensa y el castigo en la era del reino

Pablo recibió la revelación de que hay otra era en la economía de Dios. Además de la era de la iglesia y de todas las eras anteriores, hay una era llamada la era del reino (Ap. 20:4, 6). La era del reino viene al final de la era de la iglesia. La era del reino fue diseñada por Dios específicamente para recompensar a Sus creyentes vencedores, los cuales proceden tanto de la era del Antiguo Testamento como del Nuevo Testamento, con lo cual Él cumplirá muchas de Sus promesas y bendecirá a muchos. Así pues, el reino es la manera en que Dios cumplirá muchas de las promesas que Él hace a lo largo de la Biblia y también es la manera en que arreglará cuentas con los creyentes que no corrieron la carrera con la meta de obtener el premio. En una carrera, el que llega en segundo lugar en realidad es el primero de los perdedores. No queremos llegar en segundo lugar. Queremos ganar esta carrera. En otras palabras, no debíamos aspirar a nada que sea inferior al premio mayor.

La era del reino era la recompensa por la cual Pablo corría, y esto se convirtió en su meta. Él corría para alcanzar esta meta. En 1 Corintios él dijo que incluso golpeaba su cuerpo y lo ponía en servidumbre (9:27). Él hizo muchas cosas con la finalidad de obtener el premio. En Filipenses, una epístola escrita tiempo después de la epístola a los corintios, él dijo: “Hermanos, yo mismo no considero haberlo ya asido” (3:13a). Incluso en el tiempo que él escribió Filipenses, él todavía no estaba seguro de haber llegado a la meta y obtenido la recompensa del reino. Así que él dijo: “Olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta para alcanzar el premio del llamamiento a lo alto” (vs. 13b-14). Este premio era la superresurrección, la resurrección sobresaliente de entre los muertos. Filipenses fue escrito no mucho antes de la muerte de Pablo, pero 2 Timoteo fue escrita después de Filipenses. Y cuando escribió

2 Timoteo, Pablo dijo: “Porque yo ya estoy siendo derramado en libación” (4:6). Él estaba sujeto a un sistema jurídico y sabía que habría de ser puesto a muerte, pero también tenía la certeza de que recibiría una recompensa. Así que, con toda confianza dijo: “Y desde ahora me está guardada la corona de justicia, con la cual me recompensará el Señor, Juez justo, en aquel día” (v. 8). Para entonces, él sabía que había alcanzado su meta, que había ganado el premio y que recibiría la recompensa.

Hay una recompensa, una corona de justicia, y un reino, los cuales están reservados para ser disfrutados por los creyentes vencedores. Esto no es lo mismo que la eternidad en los cielos nuevos y la tierra nueva en la Nueva Jerusalén. Éste es un período de mil años anterior a la eternidad, el cual será para nosotros una recompensa o un castigo. Éste es el evangelio del reino. El hermano Lee dijo que éste es el evangelio que tenemos que predicar en toda la tierra. Hoy en día, el cristianismo predica un evangelio “acaramelado”. El cristianismo ha hecho mal uso de las Escrituras y les ha dado a los creyentes la falsa seguridad de que todo estará bien. Nosotros hemos sido comisionados para ir y anunciar a las personas que aunque ellas sean salvas, todavía es posible que tengan serios problemas cuando el Señor regrese. Éste es el evangelio que predicamos. Aún cuando somos salvos, es todavía posible que tengamos que enfrentar serios problemas con respecto a qué sucederá con nosotros durante el reino de mil años. ¿Seremos recompensados o seremos castigados?

Esta recompensa llegó a ser un incentivo para Pablo, así como fuente de aliento y una seria advertencia para él. El hecho de que el vivir que llevamos ha de tener serias repercusiones debiera ser para nosotros tanto una fuente de aliento como una solemne advertencia. Tenemos que vivir como corresponde a personas que aman Su manifestación. Pablo dijo que la corona de justicia le sería dada por recompensa por haber peleado la buena batalla, haber acabado la carrera y haber guardado la fe; pero también dijo que esta corona sería la recompensa que el Señor, Juez justo, daría a todos los que aman Su manifestación. Este pasaje es una especie de expresión destilada que nos dice en esencia lo que significa vencer, pues aquí Pablo únicamente habla de aquellos que han amado Su manifestación. Todo cuanto dice aquí está relacionado con el hecho de amar Su manifestación. Esta manifestación, la cual aquí se vincula a nuestro amor por el Señor, no es una manifestación que nos rescata de un mundo hostil y nos lleva a

un cielo glorioso. Esta manifestación es la manifestación del Juez justo, el cual da la recompensa o el castigo en un tribunal, el tribunal de Cristo (2 Co. 5:10). Si somos aquellos que aman Su manifestación de esta manera, entonces tanto la vida que llevemos como la obra que realicemos será con miras a la manifestación del Señor, en la cual Él se presentará en Su tribunal y nos dará Su justa recompensa. Por todo ello, según Pablo, amar la manifestación del Señor como Juez justo equivale a pelear la buena batalla, a correr la carrera y a guardar la fe.

La recompensa y el castigo que el Señor dará en la era del reino, era lo que estaba detrás de toda la vida de Pablo. Y ésta era su motivación. Él vio esto, y nosotros también tenemos que poner nuestra mirada en la recompensa a fin de ser regidos por ésta. Se trata, pues, de una recompensa que tiene dos aspectos. Por un lado, existe el peligro de ser castigados; por otro, existe la posibilidad gloriosa de ser recompensados. Al efectuar Su salvación, Dios manifiesta gran sabiduría. Ser salvos por gracia y mediante la fe es un hecho consumado y eterno, pero recibir la recompensa es algo que dependerá de cómo laboremos, cómo vivamos y cómo corramos la carrera de nuestra vida cristiana.

Según la impresión que dejó en mí el ministerio del hermano Lee, él habló mayormente de uno de estos dos aspectos, el aspecto que tiene que ver con el castigo. Él nos hablaba del “cuarto oscuro”, de las tinieblas de afuera, de ser disciplinados, es decir, de que algunos iban a tomar “cursos adicionales” a fin de compensar por las asignaturas perdidas durante el año escolar y que tendrían que asistir a tal “escuela de verano” a manera de castigo. Con esto él quiso explicarnos que el milenio sería como una “escuela de verano” en la cual algunos aprenderían todas aquellas cosas a las que no les dieron importancia mientras vivieron aquí en la tierra. Pero esta recompensa que el Señor ha planeado y para la cual Él trabaja, tiene también un aspecto muy positivo, pues disfrutaremos de manera íntima todo lo que el Señor ha planeado para deleite de Él y de los Suyos.

“HE PELEADO LA BUENA BATALLA”

Una vida cristiana apropiada incluye el aspecto de pelear la buena batalla, combatiendo contra Satanás y su reino de tinieblas y luchando por los intereses del reino de Dios

“He peleado la buena batalla” (2 Ti. 4:7a). Una vida cristiana apropiada incluye el aspecto de pelear la buena batalla, combatiendo contra Satanás y su reino de tinieblas y luchando por los intereses del reino

de Dios (Ef. 6:10-19). Cuando Pablo hizo un resumen de su vida, la primera característica de la misma fue que ella era una batalla constante. La vida cristiana y la vida de iglesia son una batalla en contra de otro reino, el reino de Satanás. Nosotros combatimos en contra del reino tenebroso de Satanás, y nuestro combate es por los intereses de Dios y por los intereses del reino de Dios aquí en la tierra. El reino de Satanás, la esfera de su dominio, está en los aires y sobre la tierra. Como serpiente, él se arrastra sobre la tierra; así pues, la esfera de su dominio es la tierra. Él es la cabeza de un reino, y además de él, hay otros ángeles que cayeron junto con él. En el reino satánico, ellos son los espíritus malignos en el aire, los cuales están en rebeldía en contra de Dios. Además, en la tierra están los demonios, los cuales proceden de la creación anterior a la creación del hombre y de un juicio anterior a la era adámica. Los demonios son los espíritus incorpóreos de criaturas preadámicas que fueron juzgadas (véase Génesis 1:2, nota 1, *Recovery Version*). Ellos son criaturas invisibles que operan en la tierra en contra de Dios. Por tanto, Pablo dice: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Ef. 6:12).

El reino de Satanás no sólo lo incluye a él como el líder de dicho reino junto con los espíritus malignos y los demonios, sino también seres humanos que se encuentran del lado de Satanás; ellos también forman parte de su reino. Parte de nuestra labor al pelear la buena batalla consiste en rescatar de este reino a las personas y llevarlas al reino de Dios. Esto forma parte de nuestro ministerio. Cuando el Señor llamó a Pablo, le dijo que él era un vaso escogido para hacer que las personas se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios (Hch. 9:15; 26:18).

Cuando prediquemos a alguien que es un aliado de Satanás y está en su reino, debemos darnos cuenta de que ésta es una batalla. Además de los demonios que procuran retenerlo, están los espíritus malignos en el aire, e incluso Satanás mismo está muy activo diciéndole mentiras a tal persona. Cuando le predicamos el evangelio a esta persona, no podemos ver a los demonios, a los espíritus en los aires ni a Satanás; pero todos ellos ejercen influencia constante sobre tal persona. Así que, a fin de rescatar a tal individuo del reino de Satanás, tenemos que atar al hombre fuerte (Mt. 12:29; Mr. 3:27), para lo cual se requiere de la oración de todos los miembros del Cuerpo.

Nuestra lucha no es contra carne y sangre, sino contra los principados y potestades, y contra los poderes de las tinieblas del enemigo de Dios. Necesitamos al Cuerpo y de la oración del Cuerpo. En Efesios 6 se hace hincapié en vestirnos de toda la armadura de Dios a fin de prevalecer sobre los ataques del maligno. Atar al hombre fuerte y saquear su casa está en directa relación con el establecimiento del reino de Dios. Es una batalla. Estas potestades espirituales malignas no son derrotadas fácilmente. Por tanto, la oración es muy necesaria. Tenemos que orar a fin de combatir contra los principados y potestades, atar al enemigo, y dar plena libertad al reino de Dios.

En el Evangelio de Mateo el Señor nos enseñó a orar de cierta manera, diciendo: “Santificado sea Tu nombre. Venga Tu reino. Hágase Tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (6:9-10). Santificar el nombre del Señor aquí en la tierra no es algo insignificante. Nuestra lucha consiste en establecer lugares en donde el nombre del Señor es santificado. La labor de la iglesia, según Mateo 16, consiste en resistir con firmeza el asedio de las puertas del Hades y usar las llaves del reino a fin de que los creyentes puedan entrar en el reino de Dios. En esto consiste la batalla. Algunos quizás digan: “Cuando me predicaron el evangelio, nadie me dijo esto. Lo único que escuché fue: ‘Dios te ama y tiene un plan maravilloso para tu vida. Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en El cree, no perezca, mas tenga vida eterna’”. Esto es tremendo y maravilloso; pero cuando avanzamos en la vida cristiana, también nos enteramos de que tal vida es una batalla. Cada día es una batalla. Cada paso que damos es parte de una batalla. Éste es el motivo por el cual cuando Pablo describió su vida cristiana, lo primero que dijo fue: “He peleado la buena batalla” (2 Ti. 4:7).

**Siempre que ministramos a Cristo a otros,
nos encontramos en medio de una batalla; por tanto,
debemos ser soldados que combaten por los intereses de Dios**

Siempre que ministramos a Cristo a otros, nos encontramos en medio de una batalla; por tanto, debemos ser soldados que combaten por los intereses de Dios (2 Ti. 2:3-4). Según el versículo 4, los soldados, a fin de agradar a quien los enlistó y serle obedientes, no se enredan con el mundo ni en los negocios o afanes de esta vida. A fin de ser soldados, es imprescindible que estemos bajo la autoridad de Dios y en el reino de Dios. No podemos combatir desde fuera del reino.

Tenemos primero que ser soldados que están en el reino a fin de poder combatir por los intereses divinos.

Los soldados son personas muy disciplinadas. Tenemos que tener la mente y la disciplina propias de un soldado. Aunque muchos de nosotros tal vez no nos consideramos soldados, tenemos que darnos cuenta de que somos soldados que combaten por los intereses divinos. Ésta es la razón por la cual Pablo dijo: “Tú, pues, sufre el mal conmigo como buen soldado de Cristo Jesús. Ninguno que sirve de soldado se enreda en los negocios de esta vida, a fin de agradar a aquel que le alistó como soldado” (vs. 3-4). En lugar de enredarnos y distraernos con los negocios de esta vida, debemos ser soldados del reino. Cómo luchemos determinará si recibimos una recompensa o un castigo en la era del reino.

**Pelear la buena batalla de la fe
significa combatir por la economía neotestamentaria de Dios;
en particular, significa combatir por Cristo
como corporificación de Dios y por la iglesia
como Cuerpo de Cristo**

Pelear la buena batalla de la fe significa combatir por la economía neotestamentaria de Dios; en particular, significa combatir por Cristo como corporificación de Dios y por la iglesia como Cuerpo de Cristo (1 Ti. 6:12; 1:4; Col. 2:9, 19). El recobro del Señor consiste en combatir por la verdad de la economía neotestamentaria de Dios y por el avance de Su obra de recobro. El enemigo con frecuencia ataca ciertos aspectos relativos a la verdad. Cuando él hace esto, no debemos sentirnos intimidados. En lugar de ello, debemos darnos cuenta de que el ataque del enemigo en contra de alguna verdad es indicio de que tal verdad es de crucial importancia. En cierta ocasión, un instituto bíblico publicó un libro en el que sus autores decían que el hermano Lee creía que Jesús no era completamente Dios ni completamente hombre, sino una tercera entidad: una mezcla llamada *Dios-hombre*. Para hacer tal afirmación, los escritores de ese libro se valieron de una frase sacada fuera de contexto proveniente del folleto titulado “*The Four Major Steps of Christ*” [Los cuatro pasos principales dados por Cristo]. Sin embargo, en ese mismo folleto, el hermano Lee dejó claramente establecido que Cristo era Dios y, al mismo tiempo, hombre (págs. 5-10). Jesús no era una tercera entidad, algo que no es Dios ni hombre; más bien, Jesús es el Dios-hombre, Él es el Dios completo y un hombre

perfecto. Si bien nosotros hicimos notar esto a quienes habían escrito aquel libelo, ellos se rehusaban a ver la verdad. Este caso nos sirve de ilustración para mostrarnos que la obra de recobro que el Señor efectúa es una batalla por la verdad de la economía de Dios. Esto es lo que el Señor quiere, esto es lo que Satanás ataca y en esto debemos concentrarnos con todo nuestro ser.

El hermano Lee era un guerrero que libraba esta batalla; cada vez que alguien imprimía alguna publicación que criticase o se opusiera a la verdad de la economía de Dios, el hermano Lee combatía y respondía a tales ataques. Su meta era dejar rectamente establecida la verdad y no dejar que ninguna verdad fuese distorsionada. Él jamás procuró vindicar su propia persona, pero siempre estaba listo para vindicar la verdad.

Durante todos estos años hemos combatido por el recobro del Señor en los Estados Unidos. En nuestros primeros años, hubo quienes adujeron que nosotros propugnábamos el misticismo oriental. En 1977, se publicaron dos libros: *The God-men* y *The Mindbenders*, con el único propósito de destruir el recobro del Señor, al mismo tiempo que se suscitaba una rebelión al interior del recobro del Señor. Cada vez que algo así sucedía, el hermano Lee combatía y jamás dejaba pasar tales cosas. El combatió por muchos años, y el Señor estuvo con nosotros y, hasta cierto grado, nos vindicó. Sin embargo, hoy en día la lucha continúa. El enemigo sigue atacando la economía neotestamentaria de Dios y a la iglesia que es la corporificación de Cristo.

**Los vencedores no son librados del caos
que impera en la actualidad, sino que, en vez de ello,
ellos prevalecen sobre el caos satánico,
el cual es destructivo, y triunfan en la economía divina,
la cual es constructiva**

Los vencedores no son librados del caos que impera en la actualidad, sino que, en vez de ello, ellos prevalecen sobre el caos satánico, el cual es destructivo, y triunfan en la economía divina, la cual es constructiva (1 Ti. 1:3-4, 19-20; 4:1-2; Tit. 3:10; 2 Ti. 1:15; 2:17-18; 4:8). Dios no nos sacará del caos, pues Él desea que aprendamos a combatir recurriendo a la vida vencedora para contrarrestar el caos satánico y triunfar en la economía divina, la cual es una economía constructiva. En cierto sentido, la vida de iglesia es una vida en la que se combina la economía de Dios y el caos satánico. Algunas veces, nos

encontramos sumidos en un caos satánico, y otras veces se manifiesta la economía de Dios. Sin embargo, Dios desea producir la nueva creación a partir de la vieja creación y se vale aun del caos satánico para establecer Su reino. Por tanto, la vida que llevamos es una vida que consiste en combatir.

*Los vencedores sufren el asedio del caos;
sin embargo, en vez de sentirse desanimados o desilusionados,
son fortalecidos y capacitados
para defender la economía divina que es según la verdad
y llevar una vida que exhibe
las características de dicha economía*

Los vencedores sufren el asedio del caos; sin embargo, en vez de sentirse desanimados o desilusionados, son fortalecidos y capacitados para defender la economía divina que es según la verdad y llevar una vida que exhibe las características de dicha economía (vs. 10, 14-18; 2:15). Así pues, debiéramos sentirnos alentados a combatir por las verdades divinas y a vivir la economía divina. El hermano Lee casi siempre sufría el asedio del caos satánico; sin embargo, jamás se desalentó. Él nos pastoreó ayudándonos a comprender que la vida de iglesia no es una vida apacible, sino una vida que consiste en combatir. Es decir, es una vida en la que sufrimos el caos y, en virtud de la vida que vence, producimos el reino de Dios y la economía de Dios a partir de dicho caos. En esto consiste pelear la buena batalla; combatir el caos también consiste en apartarse de quienes causan divisiones.

*Prevalecemos sobre el caos experimentando al Dios Triuno
procesado y consumado como la gracia
que nos abastece plenamente*

Prevalecemos sobre el caos experimentando al Dios Triuno procesado y consumado como la gracia que nos abastece plenamente (1:9; 4:22). Es al profetizar en nuestras reuniones, amar al Señor y llevar la vida que corresponde a Dios-hombres, que nosotros prevalecemos sobre el caos satánico. Sin embargo, no abrigamos la expectativa de que el caos desaparezca del todo. Hoy en día todavía padecemos el asedio del caos. El recobro del Señor es el objeto de muchos ataques y padece una serie de problemas, los cuales se originan tanto de afuera como de adentro. Quizá quisiéramos rendirnos, pero Dios quiere que nosotros llevemos

vidas victoriosas en medio del caos, de tal manera que no seamos vencidos por el caos, sino que seamos vencedores en medio de tal caos.

“HE ACABADO LA CARRERA”

“He acabado la carrera” (2 Ti. 4:7b). Una vida cristiana apropiada incluye el aspecto de correr la carrera para llevar a cabo la economía de Dios conforme al propósito eterno de Dios (1 Co. 9:24). A fin de correr la carrera, debemos despojarnos de todo estorbo, de toda carga o peso innecesarios (He. 12:1). Debemos correr la carrera con perseverancia, soportando la oposición con persistencia, sin cansarnos jamás y sin dejar que nuestra alma desfallezca (vs. 2-3).

La segunda metáfora que Pablo usa para referirse a su vida, es la de una carrera. A todos y cada uno de nosotros se nos ha fijado un determinado trayecto que debemos recorrer, y esta carrera es nuestra vida cristiana. De hecho, puesto que Cristo es el camino (Jn. 14:6), el trayecto que nos ha sido asignado para correr es el propio Cristo. Ésta es la carrera que tenemos que correr día a día. La manera en que corramos determinará si hemos de ser recompensados o castigados en la era venidera, la era del reino. Así pues, correr esta carrera es un asunto que reviste gran seriedad e importancia. Además, es preciso correr, no basta con caminar. Si conducimos velozmente por una autopista, ello implica que no estamos en busca de alguna salida; pero si reducimos la velocidad, ello quiere decir que estamos en busca de alguna salida. Es peligroso “reducir la velocidad” en nuestra vida de iglesia. Debemos dedicarnos a correr velozmente, sin buscar las salidas.

Es necesario que nos despojemos de todo aquello que nos estorba, de todo peso, de todo lo que nos impida correr la carrera, “y del pecado que tan fácilmente nos enreda” (He. 12:1). El pecado al que se refiere Hebreos 12:1, el cual nos enreda, es el pecado que cometían los judíos al retornar a su vieja manera de vivir. En lugar de avanzar hacia el Lugar Santísimo, ellos retrocedían al judaísmo. Nosotros también tenemos este mismo problema, el cual consiste en retroceder a nuestra vieja manera de vivir y, así, enredarnos en tal pecado. Además, tenemos la tendencia de echarnos encima pesos y cargas innecesarios hasta llegar a un punto en que ya no podemos continuar caminando, mucho menos continuar corriendo. Por esto, el Señor constantemente nos ayuda haciendo que seamos desgastados, consumidos, cada día (2 Co. 4:16).

En Mateo 19:24 el Señor advirtió: “Otra vez os digo, más fácil le es

a un camello pasar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios”. Parece imposible que un camello pueda pasar por el ojo de una aguja. La única manera en que ello pueda suceder es que el camello sea puesto en una rueca hasta convertirse en hilo. Una paca de algodón jamás podrá pasar por el ojo de una aguja, pero si colocamos la paca de algodón en una rueca y la hilamos, entonces podrá pasar por el ojo de una aguja. Esto es lo que el Señor suele hacer con nosotros. En ocasiones, tal vez le digamos al Señor que ya no podemos soportar Su proceso de “hilado” en nuestra vida, pero el Señor responderá: “Estoy hilándote en Mi ‘rueca’ porque te amo y quiero reducirte hasta que seas consumido”.

Un aspecto de nuestra carrera es ser reducidos o consumidos y, parte de este proceso consiste en perder la vida del alma. En Mateo 16:24-25 el Señor dijo: “Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque el que quiera salvar la vida de su alma, la perderá; y el que la pierda por causa de Mí, la hallará”. Debemos, pues, negarnos a nosotros mismos, tomar nuestra cruz y perder la vida del alma. Nuestra vida del alma comprende todo aquello que disfrutamos, todo aquello que nos interesa o lo que nos proporciona placer. Por ejemplo, nuestra vida del alma es la que hace que deseemos vestir cierto estilo de ropa o manejar cierto tipo de automóvil. En esta era, tenemos que negarnos a nosotros mismos y perder nuestra vida del alma. Al comienzo, esto puede parecernos difícil; pero una vez que lo hagamos, descubriremos que ello nos traerá gozo. Es entonces cuando enfrentamos exigencias concretas. Esta era es el tiempo en que nosotros debemos perder nuestra vida del alma. Si amamos la manifestación del Señor y vivimos con la expectativa de Su pronto retorno, nos negaremos a nosotros mismos y seremos verdaderos ciudadanos del reino que toman la cruz en su vida diaria. Hoy en día, en el recobro del Señor, necesitamos ser purificados y consumidos o “hilados” y, para ello, ciertamente necesitamos la gracia del Señor. Sin embargo, el Señor nos dijo que debemos tomar la iniciativa de tomar nuestra cruz y negarnos a nosotros mismos. Esto no es tan fácil, pero es algo que tenemos que hacer.

En el recobro del Señor, hay un himno en particular de Watchman Nee que ha motivado a muchos santos a correr en el camino estrecho de la cruz y a perder la vida del alma. Este himno se titula: “Consideremos la vid” (*Hymns*, #635, en inglés, estrofas 15 y 16):

Nuestra vida no se mide por lo que ganamos,
Sino por aquello que hemos perdido;
Lo que cuenta no es cuánto vino se haya bebido,
Sino cuánto vino ha sido derramado.
Porque la fuerza del amor perdura para siempre
En el sacrificio que soportamos;
Aquel que ha sufrido más,
Es quien más tiene para dar.

El que consigo mismo es severo
Es a quien Dios más puede ganar;
El que se hiere donde más le duele,
Es quien mejor puede consolar a otros.
Las palabras de aquel que no tolera el sufrimiento,
No son más que “bronce que resuena”;
Pero el que jamás escatima su alma,
Posee el gozo que sobrepasa todo gozo.

Esta visión acerca de la recompensa del reino era lo que regulaba la vida de Pablo. La vida cristiana consiste en una batalla tras otra, es una vida en la cual tenemos que combatir en medio de situaciones caóticas. Tenemos que recordar que la razón por la cual combatimos es que amamos la manifestación del Señor. Un día, el Señor vendrá y seremos castigados o recompensados de acuerdo con lo que hayamos hecho. Si, por la misericordia del Señor, somos fieles, el Señor vendrá para recompensarnos conforme a lo que hayamos hecho.

A fin de que el recobro del Señor sea purificado, tenemos que darnos cuenta de cuán terrible es la era en que nos ha tocado vivir y cuán fácilmente ella puede arruinar nuestra carrera. En esta era, aquello que la Biblia llama fornicación, el mundo lo llama amistad; y lo que la Biblia llama perversión, el mundo lo designa como “un estilo de vida alternativo”. Por tanto, el apóstol Pablo nos dice en Romanos 12:2: “No os amoldéis a este siglo, sino transformaos”. La responsabilidad que nos incumbe es la de consagrarnos al Señor y no amoldarnos a este siglo, sino ser transformados hasta llegar a ser la expresión del Señor.

La era en que vivimos ciertamente se manifiesta de una manera atractiva. Pero, ¿qué preferimos: la manifestación de esta era, o la manifestación del Señor? Es imposible disfrutar de ambas cosas. Jacobo dijo: “Cualquiera, pues, que decide ser amigo del mundo, se constituye

enemigo de Dios” (4:4). No estamos en el recobro del Señor para “jugar” a la vida de iglesia; antes bien, estamos aquí para ser ciudadanos del reino. Sería de gran bendición si todos los jóvenes que apenas inician su carrera cristiana aprendieran estas cosas a temprana edad. Los niños tienen la tendencia de acercarse al borde del abismo, es decir, siempre están queriendo averiguar hasta dónde su conducta resulta tolerable. Pero no es así como piensan los ciudadanos del reino, pues ellos siempre tienen presente que el Señor viene pronto. Si siempre estamos averiguando cuál es el límite de lo permisivo en asuntos tales como nuestra manera de vestir, tal vez el Señor a Su retorno nos diga: “Tú necesitas mil años para aprender cómo vestir”. Éste es un asunto muy serio.

La manera en que llevamos nuestra vida matrimonial también es uno de los factores que habrá de determinar si hemos de ser recompensados. Hoy en día, si un esposo o una esposa siente que ya no hay amor en su relación, simplemente se divorcia. En cierta ocasión, la esposa de uno de los hermanos que se rebeló en contra del recobro del Señor decidió que ella podía divorciarse de su esposo, pues ello le permitiría continuar en el recobro. Éste puede parecer un motivo válido para divorciarse, pero el hermano Lee le dijo que ella debía permanecer junto a su esposo a fin de cuidar de su relación matrimonial. Por tanto, la manera en que llevamos nuestra vida matrimonial es un asunto que reviste gran importancia. Nuestra preocupación no debe ser tener un matrimonio feliz, sino cómo habremos de responder delante del Señor con respecto a nuestro matrimonio cuando Él se manifieste.

Nuestra motivación para perseverar en la carrera es que nos está reservada una recompensa o un castigo. En el recobro del Señor existe una gran necesidad de que seamos purificados. Desde que el hermano Lee falleció, el número de personas que son partícipes del recobro del Señor a aumentado grandemente, pero hay mucha impureza. Quizás seamos personas que son partícipes del recobro y que asisten a todas las reuniones y conferencias, pero eso no hace de nosotros ciudadanos del reino; todo ello carecerá de significado alguno a menos que seamos personas que viven en función de la manifestación del Señor y llevan una vida dedicada a correr la carrera.

Todos nosotros tenemos que correr, tenemos que mantenernos activos, y procurar el premio reservado para nosotros. En el *Estudio-vida de 2 Timoteo* el hermano Lee dijo: “Los cristianos

deben ser advertidos y exhortados a que se preparen para comparecer ante este Juez. Espero que en esta era de tinieblas, muchos de nosotros asumamos la responsabilidad de llevar este solemne encargo al pueblo del Señor” (pág. 67). Debemos correr la carrera, año tras año, en conformidad con el principio de vivir a la luz del regreso del Señor.

“HE GUARDADO LA FE”

“He guardado la fe” (2 Ti. 4:7c). Una vida cristiana apropiada incluye el aspecto de guardar la fe a fin de participar de las riquezas divinas halladas en la economía de Dios (1 Ti. 1:19; 3:9; 4:1; 6:12; Tit. 1:4; Jud. 3). Guardar la fe equivale a guardar la economía neotestamentaria de Dios en su integridad: la fe con respecto a Cristo como corporificación y misterio de Dios, y con respecto a la iglesia como Cuerpo de Cristo y misterio de Cristo (1 Ti. 1:4). El Señor nos ha mostrado a través de los mensajes de este libro que es de crucial importancia enseñar según la economía neotestamentaria de Dios y que la iglesia es columna y fundamento de la verdad. Para guardar tal fe es necesario que seamos fieles a la enseñanza de los apóstoles y que llevemos una vida saludable en beneficio de la vida de iglesia. Pablo mencionó los nombres de muchos que no pasaron la prueba. Es extremadamente crucial que guardemos la fe durante el curso de nuestra vida.

Con respecto a este asunto, cómo terminemos es más importante que cómo hayamos comenzado. Si nuestro entorno cambia y nos desalentamos o nos sentimos ofendidos y, a raíz de ello, decidimos dejar el recobro del Señor, estaremos renunciando a la fe. En el pasado, algunos hermanos que incluso habían dado mensajes sobre la cruz, se sintieron ofendidos y, a raíz de ello, dejaron el recobro; ciertamente ellos no guardaron la fe. Entre ellos ha habido algunos que han contradicho varios aspectos de la fe para vindicarse a sí mismos y han apartado a otros de la fe. Esto es muy serio, pues definirá si han de recibir la recompensa del reino o no. Es necesario que nos fijemos como meta guardar toda la economía neotestamentaria de Dios. El Señor dijo en Mateo 28:19-20: “Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todo cuanto os he mandado; y he aquí, Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo”. Debemos guardar la fe, guardando todo cuanto el Señor nos ha mandado.

“Y DESDE AHORA ME ESTÁ GUARDADA LA CORONA DE JUSTICIA, CON LA CUAL ME RECOMPENSARÁ EL SEÑOR, JUEZ JUSTO, EN AQUEL DÍA; Y NO SÓLO A MÍ, SINO TAMBIÉN A TODOS LOS QUE AMAN SU MANIFESTACIÓN”

La corona, un símbolo de gloria, es dada como premio y como algo adicional a la salvación del Señor, a aquel corredor que triunfe en la carrera

“Y desde ahora me está guardada la corona de justicia, con la cual me recompensará el Señor, Juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman Su manifestación” (2 Ti. 4:8). La corona, un símbolo de gloria, es dada como premio y como algo adicional a la salvación del Señor, a aquel corredor que triunfe en la carrera (1 Co. 9:25).

Este premio no proviene de la gracia ni se obtiene por fe como sucede con la salvación, sino que proviene de la justicia y se obtiene por obras

Este premio no proviene de la gracia ni se obtiene por fe como sucede con la salvación (Ef. 2:8), sino que proviene de la justicia y se obtiene por obras (Mt. 16:27; Ap. 22:12; 2 Co. 5:10). En Apocalipsis 22:12 el Señor dice: “He aquí Yo vengo pronto, y Mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”. Y en 2 Corintios 5:10 dice: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba por las cosas hechas por medio del cuerpo, según lo que haya practicado, sea bueno o sea malo”.

Es posible estar en la vida de iglesia y, aún así, practicar el mal sin sufrir por ello. Sin embargo, no piensen que porque pudieron practicar el mal sin sufrir las consecuencias de ello, han logrado tener éxito. El Señor, quien ve todas las cosas, está observando lo que usted hace. Debemos, pues, tener en cuenta Su manifestación. Un día, el Señor vendrá, y aunque nuestras malas acciones hayan pasado desapercibidas para nuestros padres, nuestra esposa o los ancianos de la iglesia, no podremos esconder estas cosas del Señor. Tenemos que ser personas que se conducen a la luz del retorno del Señor. El Señor no nos obliga a perder nuestra vida del alma en esta era. Sin embargo, debemos recordar que el Juez justo retornará y nosotros seremos recompensados o castigados.

La corona de justicia es otorgada no según la gracia del Señor sino según Su justicia, y Aquel que la otorga es el Señor en calidad de Juez justo

La corona de justicia es otorgada no según la gracia del Señor sino según Su justicia, y Aquel que la otorga es el Señor en calidad de Juez justo.

La corona de justicia, la cual Pablo tenía la certeza de recibir, sirve de incentivo para el vacunador a fin de que venza la degradación de la iglesia

La corona de justicia, la cual Pablo tenía la certeza de recibir, sirve de incentivo para el vacunador a fin de que venza la degradación de la iglesia (Ap. 2:7). Tenemos que ser vencedores y vacunadores. El Señor requiere que nosotros combatamos contra la decadencia de la iglesia a nivel “celular”, es decir, a nivel individual, llevando la vida que es propia del reino, negándonos a nosotros mismos, tomando nuestra cruz y siguiéndole a Él. Esto puede parecernos muy difícil, pero es esto lo que se convertirá en nuestro gozo y corona.

La corona de justicia es una recompensa que será dada a todo aquel que ama la manifestación del Señor

La manifestación del Señor, Su venida, es para nosotros una advertencia, motivo de ánimo y un incentivo

La corona de justicia es una recompensa que será dada a todo aquel que ama la manifestación del Señor (2 Ti. 4:8). La manifestación del Señor, Su venida, es para nosotros una advertencia, motivo de ánimo y un incentivo (Mt. 24:42).

Debemos amar la manifestación del Señor y guardarla con gran expectativa y gozo

Debemos amar la manifestación del Señor y guardarla con gran expectativa y gozo (Tit. 2:13). En un mensaje titulado “Esperamos el retorno del Señor”, el hermano Nee hace un recuento de una experiencia que tuvo con la hermana M. E. Barber:

En cierta ocasión, la señorita Barber escribió un himno sobre la venida del Señor. En él había una línea que no pude entender claramente. La respuesta de la hermana fue: “Ven conmigo y te mostraré”. Así pues, salimos a dar un

paseo. Cuando estábamos a punto de dar la vuelta a una esquina, ella me dijo: “El Señor ya viene. Él está cada vez más cerca. Quizás le encontremos a la vuelta de la esquina”. En ella pude ver a una persona que estaba a la espera del retorno del Señor, lo cual me permitió comprender qué es lo que significa esperar Su retorno. (*The Collected Works of Watchman Nee* [Recopilación de las obras de Watchman Nee], tomo 60, pág. 442)

La sensibilidad de la hermana Barber con respecto al retorno del Señor era muy aguda. Sin embargo, hoy en día, en el recobro del Señor, carecemos de una sensibilidad tan aguda con respecto al retorno del Señor. Cada vez que venimos a la mesa del Señor, debemos recordar que participamos de la misma *hasta que Él venga* (1 Co. 11:24-26). El disfrute que tenemos en la mesa del Señor cada semana tiene como finalidad apresurar el retorno del Señor.

Amar la manifestación del Señor está en contraste con amar el siglo presente, el mundo tal como se manifiesta en nuestros días

Amar la manifestación del Señor está en contraste con amar el siglo presente, el mundo tal como se manifiesta en nuestros días (2 Ti. 4:10).

*Si amamos la manifestación del Señor,
estaremos del lado del Señor
y no del mundo, y lucharemos por Sus intereses*

Si amamos la manifestación del Señor, estaremos del lado del Señor y no del mundo, y lucharemos por Sus intereses (Mt. 6:9-10; Jac. 4:4). En lugar de ponernos del lado del mundo, debemos ser personas que huyen del mundo. Debemos hacer caso a la exhortación de Pablo con respecto a ser soldados. Los soldados tienen que llevar vidas sencillas. Por ser soldados, no tenemos otra prioridad más que “hacer sonar la trompeta” y llevar a cabo el mover del Señor aquí en la tierra. Debido a que estamos viviendo en “una economía en tiempos de guerra”, todo cuanto hagamos debiera contribuir a los esfuerzos que se hacen por ganar la guerra. Así pues, tenemos que deshacernos de todo peso que nos impida avanzar. Si entre nosotros hubiese tal actitud e imperase tal atmósfera, el recobro del Señor se encontraría en una situación muy diferente.

Hoy en día, no podemos enviar obreros a diversas partes del mundo debido a que carecemos del apoyo económico necesario. En un

tiempo en que debíamos estarlos propagando, tenemos que sufrir recortes. El Señor nos ha dado la comisión de predicar el evangelio del reino hasta lo último de la tierra (Hch. 1:8), y a fin de cumplir este objetivo, son necesarios obreros a tiempo completo así como las finanzas requeridas para sustentarlos. Hace algún tiempo, el hermano Lee pidió a algunos hermanos que se encargaran de coordinar a fin de asegurarse de que los santos que sirven en Europa y en otros lugares tuvieran suficiente dinero para vivir, comprar alimentos y tener dónde alojarse. Hoy en día nos hemos visto obligados a vivir “al día”. Ya hemos tenido que reducir el número de los que enviamos y tal vez sea necesario reducir tal número aún más, pero no debiera ser así. Cuanto más pesos nos echamos encima, menos tendremos para dar al Señor. Quizás nos parezca que necesitamos más y más cosas, pero a la postre, todas esas “cosas” nos impedirán seguir corriendo.

“Y EL SEÑOR ... ME SALVARÁ PARA SU REINO CELESTIAL”

**El reino celestial, que es equivalente a la corona de justicia,
es el reino de nuestro Padre, el reino del Padre,
el reino de Cristo y de Dios y el reino eterno
de nuestro Señor y Salvador Jesucristo,
que será dado como recompensa a los santos vencedores**

“Y el Señor ... me salvará para Su reino celestial” (2 Ti. 4:18). El reino celestial, que es equivalente a la corona de justicia, es el reino de nuestro Padre (Mt. 13:43), el reino del Padre (26:29), el reino de Cristo y de Dios (Ef. 5:5) y el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 P. 1:11), que será dado como recompensa a los santos vencedores (Ap. 20:4). Ésta es la meta que tenemos al correr la carrera.

**Los creyentes vencedores
participarán en el reino celestial, esto es,
en la manifestación del reino de los cielos**

Los creyentes vencedores participarán en el reino celestial, esto es, en la manifestación del reino de los cielos (Mt. 7:21). Nuestra participación en tal reino comenzará cuando seamos arrebatados para estar con el Señor en la fiesta de bodas (Ap. 19:9). ¡Cuán grande honor será cenar con el Señor! El hermano Lee dijo que la era o dispensación de los patriarcas fue usada por Dios para escoger a algunos patriarcas para Su reino (véase *La enseñanza de los apóstoles*, pág. 134). Los patriarcas vencedores serán invitados a cenar con Él. Ahora nosotros estamos en la era

de la gracia, y Él procura obtener a algunos vencedores en esta era a los cuales Él pueda invitar a cenar con Él. Si somos invitados a la fiesta de las bodas del Cordero, nos sentaremos a cenar con Abraham, Isaac, Jacob, el hermano Nee, el hermano Lee y con todos los demás creyentes del Señor que hayan vencido a lo largo de las diversas eras o dispensaciones. Esto constituirá una recompensa mucho mayor que cualquier disfrute que le pudiéramos conceder a nuestra vida del alma en la era presente. Comparado con tal recompensa, perder nuestra vida del alma es verdaderamente un precio muy insignificante que debemos pagar para participar de tal banquete nupcial. Además, no solamente celebraremos tal banquete junto al Señor y Sus vencedores, sino que también cabalgaremos junto al Verbo de Dios en caballos blancos y vestidos de lino fino para derrotar al anticristo y sus ejércitos (vs. 11-14, 19-21).

Los vencedores, los hijos del reino, son los justos que resplandecerán como el sol en el reino de su Padre

Los vencedores, los hijos del reino, son los justos que resplandecerán como el sol en el reino de su Padre (Mt. 13:43). A fin de resplandecer como el sol en aquel día, debemos resplandecer hoy.

En el reino celestial los vencedores beberán nuevamente de la copa del nuevo pacto junto con su Señor

En el reino celestial los vencedores beberán nuevamente de la copa del nuevo pacto junto con su Señor (26:29). Ninguna reunión de la mesa del Señor que celebremos en esta era podrá compararse a aquella mesa del Señor en la cual comeremos y beberemos junto al Señor en Su reino.

En el reino de su Padre, los creyentes vencedores festejarán juntamente con los vencedores antiguotestamentarios

En el reino de su Padre, los creyentes vencedores festejarán juntamente con los vencedores antiguotestamentarios (8:11).

El reino celestial será para los vencedores una herencia de gran gozo

El reino celestial será para los vencedores una herencia de gran gozo (1 Co. 6:9-10). En *The Conclusion of the New Testament* [Conclusión del Nuevo Testamento], el hermano Lee dijo: “El gozo del Señor será lo más grandioso que habrá en el milenio” (pág. 2431). En Mateo

25:21 se nos cuenta que el Amo le dijo a su esclavo: “Entra en el gozo de tu señor”. Si bien la era en que vivimos es una era en la que tendremos que padecer, la era del reino será una era en la que nos regocijaremos. En esta era tenemos que perder la vida del alma, pero eso no quiere decir que nuestra alma desaparecerá. Nuestra vida del alma nos será devuelta en resurrección, en una condición celestial, debido a que necesitaremos de nuestra alma para entrar en el gozo del reino y regocijarnos.

*En el reino celestial,
los vencedores heredarán la vida eterna y, por ende,
disfrutarán de la vida divina de una manera más plena*

En el reino celestial, los vencedores heredarán la vida eterna y, por ende, disfrutarán de la vida divina de una manera más plena (Lc. 18:29-30). Hoy en día, nosotros disfrutamos del Señor como nuestra vida (Col. 3:4). Hasta cierto punto, tenemos el sentir que es propio de la vida divina y el gozo que corresponde a dicha vida. Sin embargo, en el reino celestial gozaremos mucho más plenamente de Cristo como nuestra vida. El Señor prometió a los vencedores que ellos habrían de comer del árbol de la vida, el cual está en el Paraíso de Dios (Ap. 2:7). Además, recibiremos la corona de vida (v. 10). Por tanto, en el reino disfrutaremos de Cristo como vida en un grado mucho mayor a como lo disfrutamos ahora.

*En el reino celestial, los vencedores entrarán
en el gozo del Señor y así ganarán su alma,
salvarán su alma y disfrutarán de la salvación de su alma*

En el reino celestial, los vencedores entrarán en el gozo del Señor y así ganarán su alma, salvarán su alma y disfrutarán de la salvación de su alma (Mt. 10:39; 16:25-26; 25:21, 23; Lc. 9:24; He. 10:39; 1 P. 1:5). Hoy en día, aun en aquellas ocasiones en que proporcionamos deleite a nuestra alma, tenemos una sensación de vaciedad y nos sentimos carentes de la verdadera satisfacción. Esto debe recordarnos que es mejor abandonar ese gozo imperfecto que podamos experimentar en esta era, a cambio del gozo completo que experimentaremos en la era venidera.

En el reino celestial, los creyentes vencedores reinarán con Cristo

En el reino celestial, los creyentes vencedores reinarán con Cristo

(Ap. 20:4). En el reino celestial, los vencedores se sentarán con el Señor en el trono y, juntamente con Él, gobernaremos toda la tierra. Éste es un premio que hace que valga la pena correr la carrera en esta era.

En el reino celestial, los vencedores regirán sobre las naciones

En el reino celestial, los vencedores regirán sobre las naciones (2:26-27).

En el reino celestial, los vencedores serán puestos sobre todos los bienes del Señor

En el reino celestial, los vencedores serán puestos sobre todos los bienes del Señor (Mt. 24:47). Es una necesidad dedicar nuestros esfuerzos a adquirir bienes materiales en esta era. Son muchos los que se esfuerzan por obtener casas espaciosas, cuando bien podrían perder su vida del alma en esta era y recibir a cambio ciudades enteras en la era venidera (Lc. 19:17, 19). Hoy es cuando debemos pagar el precio necesario para reinar sobre todas las posesiones del Señor en la era del reino.

Recibir la recompensa del reino celestial equivale a experimentar el supremo disfrute de Cristo de una manera particular; esta porción especial será dada como premio a aquellos que sigan fielmente al Señor

Recibir la recompensa del reino celestial equivale a experimentar el supremo disfrute de Cristo de una manera particular; esta porción especial será dada como premio a aquellos que sigan fielmente al Señor (Mt. 25:21, 23; Fil. 3:14; Ap. 17:14). Hay una gran recompensa reservada para nosotros. Jamás debiéramos dejar que nadie ni nada nos engañe impidiéndonos obtener tal recompensa. No dejen de combatir, no dejen de correr y no abandonen la fe. Tenemos que perseverar en esta era, ser fieles al Señor y conducirnos a la luz del pronto retorno del Señor. Entonces, cuando el Señor venga, Él traerá consigo la recompensa que tiene reservada para nosotros. Ésta es la recompensa que motivó a Pablo a correr. Fue por ello que Pablo vacunó a Timoteo a fin de que él también corriera tomando esta recompensa como su meta. Tenemos que predicar el evangelio, correr la carrera, rescatar a las personas del reino de las tinieblas y conducir las al reino de luz, y esperar gozosos la venida del Señor.—D. T.